

EL MONUMENTO AL PASTOR

Una feliz iniciativa con la que se honran los campos burgaleses

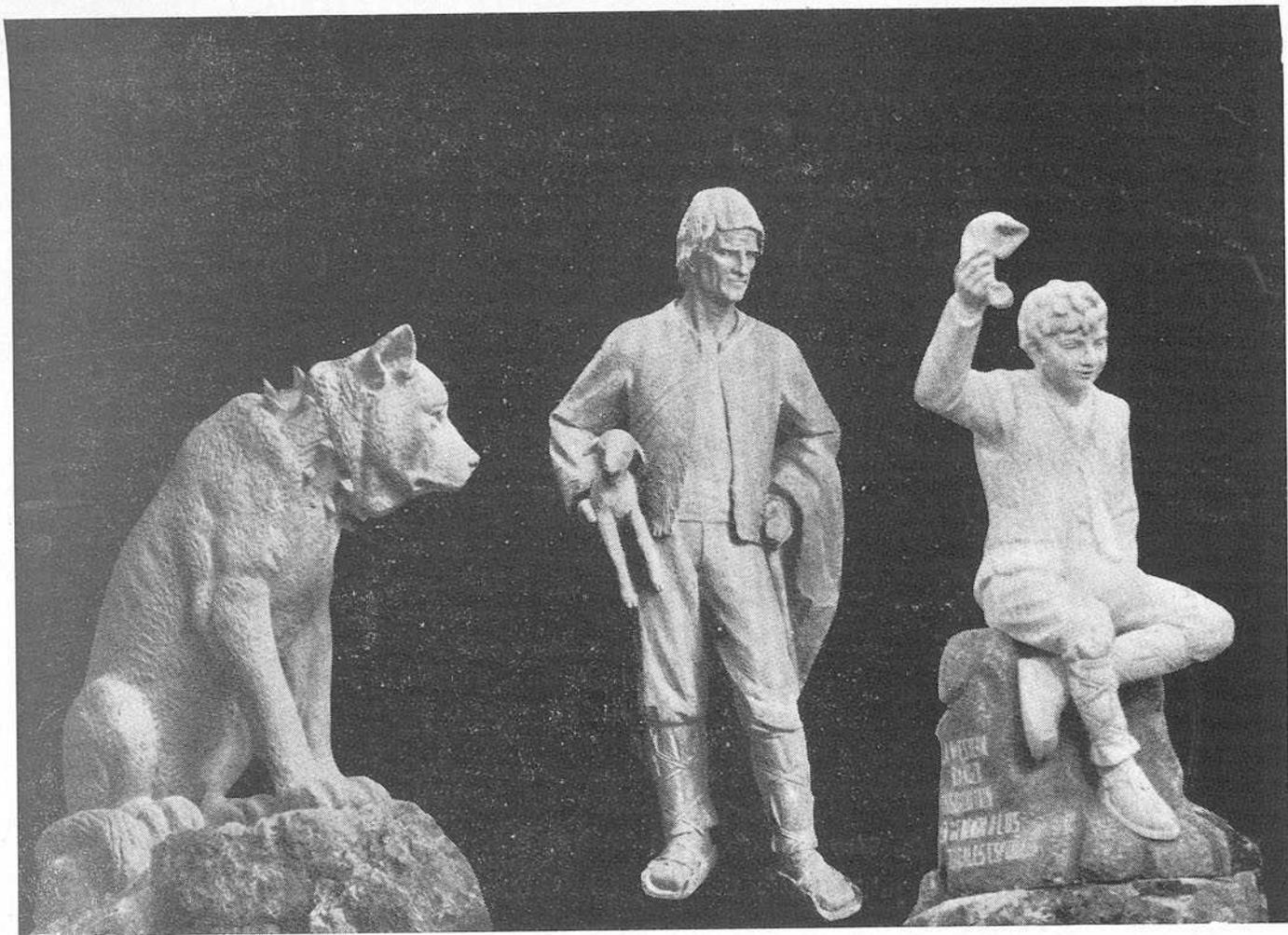
Un soleado día del actual otoño, iba yo camino de Miranda en busca de una ermita románica, que en su repintada cabecera como en todo el interior del monumento, conserva indicios de ocultar bajo la gruesa capa de pintura, otras románicas, que, descubiertas, en su día prometen ser de subido interés, ya que en Castilla son éstas tan escasas.

Al pasar por Pancorvo, a la salida de este pueblo, hube de lamentar que una cantera que allí se explota dé al traste con uno de los paisajes más hermosos de España, pues por un pasajero beneficio de un contratista o de una compañía, no debe desaparecer una realidad que tiene carácter nacional.

Iba yo, como dije, en busca de algo artístico de nuestro pasado, ejemplar y expresivo, cuando al llegar a la bifurcación de la carretera de Irún con la de Bilbao, vi, a poca distancia, una peña casi cónica, hendida, en la que se destacaba una figura blanca, y al tratar de saciar mi curiosidad acercándome, me hallé frente a un grupo escultórico, completamente actual y originalísimo, tanto por lo que representa, como por la colocación de sus figuras hábilmente esparcidas. En los tiempos que corremos, en los que con tacos y varillas pretenden que adivinemos que aquello es una figura humana, contrasta este grupo tan natural y con tal fuerza de expresión y vida en sus figuras.

No conozco al escultor montañés Víctor de los Pinos, más juzgo su obra como un acierto artístico plenamente logrado.

El pastor representa un tipo recio, curtido a la intemperie, con la mirada atenta a su rebaño; viste chaqueta, pantalón, polainas y abarcas,



LAS TRES BELLAS Y REPRESENTATIVAS FIGURAS DEL «MONUMENTO AL PASTOR»
(Corresponde al artículo de D. José L. Monteverde)

Foto F. Lix

al modo actual de hoy. En su mano derecha sostiene un cordero recién nacido, y en su brazo izquierdo lleva rollada una manta para arroparse.

El perro es corpulento mastín, de los llamados albarraniegos en los ganados trashumantes de merinas, con su collar de carlanças para hacer frente a los lobos, tipo propio del Pirineo o de Extremadura, ya que en Castilla los rebaños de churras, llevan perros lanudos, que suelen llamar altorjeros, que apían el ganado a voluntad del pastor.

Y volviendo sobre los perros loberos con collar de carlanças y demás utensilios pastoriles, es lamentable que no se conozcan mejor y se divulguen amplia y celosamente en un museo etnográfico, como el que hay en Ripoll, con fondos interesantes y completos, muestras típicas de estos atuendos en los Pirineos.

El zagal, un poco apartado del pastor y del perro, es una figura preciosa; representa un muchacho de unos catorce años, no sé si retrato expresivo de un mozalbete, o inspirado en una figura barroca de Salcillo. Está sentado sobre una peña, tiene las piernas cruzadas, y el brazo derecho en alto, con la boina en la mano; viste chaleco de piel, pantalón y sandalias, todo ello con un verismo y una plasticidad dignos de un encendido elogio.

La feliz idea de Martín Artajo, inspirada en el trágico fin del pastor Esteban Frechilla, ha sido interpretada magistralmente por el genial artista. Tanto al iniciador moral del monumento como al autor y a cuantos han contribuído a su erección, debe Burgos la sincera gratitud que aquí les ofrendo con cordial complacencia.

JOSÉ LUIS MONTEVERDE